

1984



## *Primera parte*



Era un soleado y frío día de abril y los relojes daban las trece<sup>1</sup>. Winston Smith<sup>2</sup>, con la barbilla hundida en el pecho, intentando zafarse del fastidioso viento, franqueó rápidamente las puertas de cristal de las Mansiones Victoria<sup>3</sup>, aunque no lo bastante rápido para evitar que un remolino de polvo se colara con él.

El vestíbulo olía a repollo cocido y a felpudos viejos. Había un cartel colorido clavado con tachuelas en la pared del fondo, demasiado grande para exponerlo en un interior. Solo representaba un enorme rostro de más de un metro<sup>4</sup> de ancho: el rostro de un hombre de unos cuarenta y cinco años, de facciones rígidas, aunque agraciadas, y con un espeso bigote negro<sup>5</sup>. Winston se dirigió hacia las escaleras. Probar el ascensor era inútil. Incluso en el mejor de los casos rara vez funcionaba, y en esos días cortaban la electricidad durante el día, como parte de las campañas de ahorro para preparar la Semana del Odio. El piso estaba en la séptima planta, y Winston, a sus treinta y nueve años y con una úlcera varicosa<sup>6</sup> por encima del tobillo derecho, subió despacio, descansando varias veces por las escaleras. En cada rellano, frente a la puerta del ascensor, el cartel con la cara descomunal lo miraba fijamente desde la pared. Era uno de esos retratos concebidos de tal manera que los ojos te siguen a

cada movimiento. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, rezaba la inscripción al pie<sup>7</sup>.

Ya en el apartamento, una voz meliflua leía una lista de cifras relacionada con la producción de lingotes de hierro. La voz salía de una placa oblonga de metal, algo así como un espejo empañado, que formaba parte de la superficie de la pared situada a la derecha. La voz bajó de volumen cuando Winston giró el interruptor, aunque las palabras se seguían distinguiendo. El dispositivo (llamado telepantalla<sup>8</sup>) podía amortiguarse, pero no había forma de apagarlo por completo. Winston se acercó a la ventana: una silueta menuda y delgada, cuya fragilidad era acentuada por el mono azul, que era el uniforme del Partido. Era muy rubio, de fisonomía sanguínea, tenía la piel áspera debido al uso de jabones bastos, cuchillas de afeitar desafiladas y al frío del invierno que acababa de terminar.

Fuera, incluso tras el ventanal cerrado, el mundo parecía frío. Abajo, en la calle, pequeñas ráfagas de viento arremolinaban el polvo y el papel roto en espirales, y aunque el sol brillaba y el cielo era de un azul intenso, el color no parecía existir, excepto en los carteles pegados por todas partes. El rostro del mostacho negro miraba la calle de abajo desde todos los rincones. Había uno en la fachada de la casa de enfrente. EL GRAN HERMANO TE VIGILA, rezaba la inscripción al pie, con sus ojos oscuros clavados en los de Winston. Abajo, al nivel de la calle, había otro cartel, rasgado por una esquina, que el viento azotaba indiscriminadamente, cubriendo y descubriendo alternativamente una única palabra: SOCING<sup>9</sup>. A lo lejos, un helicóptero volaba a ras de los tejados, revoloteó un instante como un moscardón y volvió a alejarse con un vuelo curvo. Era la patrulla de la policía, husmeando a la gente a través de las ventanas, aunque las patrullas no importaban. Solo importaba la Policía del Pensamiento<sup>10</sup>.

A espaldas de Winston, la voz de la telepantalla seguía con su parloteo sobre los lingotes de hierro y el cumplimiento del Noveno Plan Trienal<sup>11</sup>. La telepantalla recibía y transmitía simultáneamente. La telepantalla captaba cualquier sonido que hiciera Winston, aunque fuera un simple susurro; además, mientras permaneciera dentro del campo de visión que la placa metálica controlaba, podían verle y oírle. Por supuesto, era imposible saber en qué momento te estaban vigilando. Solo se podían hacer conjeturas sobre la frecuencia o el método con que la Policía del Pensamiento pinchaba la línea de un determinado individuo. Incluso era posible que vigilaran a todo el mundo a todas horas. Pero, de todos modos, podían pincharte la línea cuando quisieran. Tenías que vivir —ya era instintivo— asumiendo que todos los sonidos que hacías eran escuchados y que, salvo en la oscuridad, todos tus movimientos eran vigilados.

Winston permaneció de espaldas a la telepantalla, pues así era más seguro, a pesar de que incluso una espalda podía ser reveladora, como él bien sabía. A una distancia de un kilómetro, el Ministerio de la Verdad<sup>12</sup>, donde Winston trabajaba, se alzaba majestuoso y blanco sobre el mugriento paisaje. «Esto —pensó con cierta acritud—, esto es Londres, ciudad principal de la Franja Aérea Uno, la tercera provincia más poblada de Oceanía». Intentó rebuscar en la mente algún recuerdo de la niñez que le dijera si Londres había sido siempre así. ¿Siempre hubo estas vistas de casas decimonónicas en ruinas, con las paredes apuntaladas con maderos, las ventanas parcheadas con cartón, los tejados de chapa ondulada y las tapias del asilvestrado jardín derrumbadas por todas partes? ¿Y los paisajes bombardeados donde los restos de yeso y cemento revoloteaban en el aire y las adelfillas brotaban entre los montones de escombros? ¿Y los lugares donde las bombas habían despejado grandes terrenos donde luego

surgieron sórdidos tugurios de madera como gallineros? Pero era inútil, no podía recordar: ya no quedaba nada de su infancia, salvo una secuencia de escenas luminosas sin contexto, y en su mayoría ininteligibles.

El Ministerio de la Verdad —Miniver<sup>13</sup> en neolengua\*— era asombrosamente diferente de cualquier otro objeto a la vista. Era una enorme estructura en forma de pirámide, de reluciente hormigón blanco que se elevaba, terraza tras terraza, hasta unos trescientos metros de altura. Desde donde se encontraba Winston, se podían leer, resaltadas en su blanca fachada con elegante caligrafía, las tres consignas del Partido:

LA GUERRA ES LA PAZ  
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD  
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Se decía que el Ministerio de la Verdad contenía tres mil habitaciones sobre el nivel del suelo y sus correspondientes ramificaciones en el subsuelo. Dispersos por Londres, solo había otros tres edificios de aspecto y tamaño similares. Estos menguaban hasta tal punto la arquitectura circundante que desde el tejado de las Mansiones Victoria se podían ver los cuatro edificios simultáneamente. Eran las sedes de los cuatro Ministerios que constituían todo el aparato de gobierno: el Ministerio de la Verdad, que se ocupaba de las noticias, el entretenimiento, la educación y las bellas artes; el Ministerio de la Paz, que se ocupaba de la guerra; el Ministerio del Amor, que mantenía la ley y el orden, y el Ministerio de la Abundancia, que se encargaba de los asuntos económicos. Sus nombres en neolengua eran Miniver, Minipax, Minimor y Minimuch.

---

\* La neolengua era la lengua oficial de Oceanía. Para una explicación sobre su estructura y etimología, véase el apéndice.

El Ministerio del Amor era realmente aterrador<sup>14</sup>. No tenía ni una sola ventana. Winston jamás había estado dentro del Ministerio del Amor, ni siquiera se había aproximado a medio kilómetro del edificio. Era imposible acceder allí, salvo por una cuestión oficial, en cuyo caso había que hacerlo atravesando un laberinto enmarañado de alambre espinoso, ocultos nidos de ametralladoras y puertas de acero. Incluso las calles que llevaban a las barreras exteriores se encontraban vigiladas por guardias, con caras de gorila y uniformes negros<sup>15</sup>, armados con porras extensibles.

De repente, Winston se volvió. Su cara había adquirido la expresión de sereno optimismo que era conveniente adoptar frente a la telepantalla. Atravesó el cuarto hacia la pequeña cocina. Tuvo que sacrificar el almuerzo en la cantina por haber salido a aquella hora del Ministerio, y se dio cuenta de que, salvo un mendrugo negruzco que tenía que guardar para el desayuno del siguiente día, ya no quedaba comida en la cocina. De un estante cogió una botella de un líquido incoloro con una etiqueta muy corriente en la que se leía: GINEBRA VICTORIA<sup>16</sup>. Aquello tenía un olor a medicina, parecido al licor de arroz chino. Winston se sirvió una tacita, sacó fuerzas para el trago, como si se lo hubieran recetado, y se lo bebió de golpe.

Al instante, la cara se le puso escarlata y los ojos le empezaron a llorar. El líquido parecía ácido nítrico y, además, al tragarlo uno tenía la sensación de que le golpeaban en la nuca con una porra de goma. Sin embargo, tras unos segundos, el ardor de estómago se calmó y el mundo empezó a parecerle más alegre. Cogió un cigarrillo de un paquete arrugado en el que ponía CIGARRILLOS VICTORIA y lo sostuvo incautamente en posición vertical, con lo que los cigarrillos se cayeron al suelo. Con el siguiente estuvo más atento. Volvió al salón y se sentó ante una mesita que había a la izquierda de la telepantalla.

Del cajón de la mesita sacó un portaplumas, un tintero y un grueso libro en blanco de tamaño cuartilla, con el lomo rojo y las tapas jaspeadas.

Por alguna razón, la telepantalla de la sala de estar se encontraba en una posición nada habitual. En lugar de encontrarse colocada, como era normal, en la pared del fondo, desde donde podría dominar toda la estancia, se encontraba frente a la ventana, en la pared más larga. A un lado de ella, había un hueco poco profundo, en el que Winston ahora se había sentado y que, probablemente, cuando se construyó el edificio, se había planeado para poner estanterías. Sentado en el hueco y colocándose lo más dentro posible, Winston se podía mantener fuera del alcance visual de la telepantalla. Por supuesto que podían oírle, pero, si se mantenía en la posición que ahora estaba, no podían verle. Fue esa distribución insólita de la habitación lo que, en parte, le había dado la idea de lo que estaba a punto de hacer.

Pero también se lo había inspirado el libro que acababa de sacar del cajón. Era un libro especialmente hermoso. Su papel liso y cremoso, algo amarillento por los años, era de los que se fabricaban hacía más de cuarenta años, aunque presentía que el libro era mucho más antiguo<sup>17</sup>. Lo había visto en el escaparate de una tienducha de trastos viejos de un barrio de mala muerte de la ciudad (aunque no recordaba bien en qué barrio había sido) y le había invadido de sopetón un deseo irrefrenable de hacerse con él. Se suponía que los miembros del Partido no debían entrar en las tiendas corrientes (a eso lo llamaban «traficar en el mercado libre»), pero la norma no se cumplía estrictamente, porque había artículos como cordones de zapatos y cuchillas de afeitar que no se podían conseguir de otra manera. Tras echar un vistazo rápido calle arriba y calle abajo, entró y compró el libro por dos dólares con cincuenta. En aquel momento no era consciente de quererlo para ningún fin concreto. Sintióse

culpable, se lo había llevado a casa en su maletín. Aun sin tener nada escrito, era una pertenencia comprometedora.

Winston estaba ahora a punto de empezar un diario. No era ilegal (nada era ilegal, puesto que ya no había leyes)<sup>18</sup>, pero si lo detectaban estaba razonablemente seguro de que sería castigado con la muerte, o al menos con veinticinco años en un campo de trabajos forzados. Winston encajó un plumín en el portaplumas y lo chupó para quitarle la grasa. La pluma era un instrumento arcaico, incluso poco utilizado para firmar, y él se había procurado una, furtivamente y con cierta dificultad, simplemente por la sensación de que el hermoso papel cremoso merecía ser escrito con una auténtica pluma en lugar de ser rayado con un lápiz de tinta<sup>19</sup>. En realidad, no estaba acostumbrado a escribir a mano. Aparte de notas muy breves, lo habitual era dictarlo todo en el habla<sup>20</sup>, lo que por supuesto era imposible para su propósito actual. Mojó la pluma en la tinta y vaciló un segundo. Un temblor le había recorrido las entrañas. Marcar el papel era el acto decisivo. Con letra torpe y menuda escribió:

4 de abril de 1984<sup>21</sup>.

Se recostó en la silla. Una sensación de absoluta impotencia se había apoderado de él. Para empezar, no sabía con certeza si estaban en 1984. Debía de ser aproximadamente esa fecha, ya que estaba bastante seguro de tener treinta y nueve años, y creía haber nacido en 1944 o 1945; pero hoy en día no era posible precisar una fecha con un margen de error inferior a uno o dos años.

¿Para quién estaba escribiendo este diario?, se le ocurrió preguntarse de repente. Para el futuro, para los no nacidos. Su mente revoloteó un instante en torno a la dudosa fecha de la página y luego se topó de bruces con la

palabra en neolengua «doblepensar»<sup>22</sup>. Por primera vez se dio cuenta de la magnitud de lo que había emprendido. ¿Cómo podía comunicarse con el futuro? Era imposible por su propia naturaleza. O bien el futuro se parecería al presente, en cuyo caso no le escucharían, o bien sería muy diferente, y sus apuros carecerían de sentido.

Permaneció durante algún tiempo observando estúpidamente el papel. En ese momento la telepantalla había empezado a transmitir una estridente música militar. Resultaba curioso que Winston no solamente parecía haber perdido la capacidad de expresarse, sino que hasta se había olvidado de lo que desde el principio quería decir. Llevaba varias semanas preparándose para este momento y ni se le había pasado por la cabeza que iba a necesitar algo más que valor. La escritura como tal le resultaría fácil. Únicamente tenía que trasladar al papel el turbulento e interminable monólogo que le perturbaba durante tantos años. Pero en ese momento hasta el monólogo se había desvanecido. Para colmo, la úlcera varicosa había comenzado a picarle insoportablemente. No se atrevía a rascarse porque siempre que lo hacía se le inflamaba. Pasaban los segundos y él solamente tenía conciencia de la blancura de la página que tenía ante sus ojos, del picor de la piel sobre el tobillo, de la estruendosa música militar y de una ligera sensación de embriaguez provocada por la ginebra.

De repente, llevado por el pánico, comenzó a escribir, consciente a medias de lo que estaba plasmando. Su letra pequeña, aunque infantil, iba deslizándose por toda la página, olvidándose primero de las mayúsculas y finalmente hasta de los puntos:

4 de abril de 1984. Anoche estuve de pelis. Todas las películas bélicas. Había una bastante buena de un barco lleno de refugiados que lo bombardeaban, en el Mediterráneo<sup>23</sup>. El público se divirtió con los abundantes

planos de un gordo que trataba de huir nadando de un helicóptero que lo estaba persiguiendo, primero lo veías en el agua chapoteando como una marsopa, después lo veías por los visores de las ametralladoras del helicóptero, luego veías cómo lo iban agujereando a tiros y el agua que lo rodeaba se volvía totalmente roja y el gordo se iba hundiendo como si le entrara el agua por los agujeros, el público se tronchaba de risa cuando el gordo se hundía en el agua, y entonces aparecía una lancha salvavidas repleta de niños con un helicóptero que la sobrevolaba, había una mujer de mediana edad que bien podía ser una judía<sup>24</sup> sentada en la proa con un niño de unos tres años en brazos, el niño chillaba muy asustado y escondía la cabeza entre los pechos de la mujer como si quisiera hacer una madriguera dentro de ella y la mujer lo abrazaba y lo consolaba como si ella no estuviese también muerta de miedo, y como si pudiera librar al niño de las balas por tenerlo así entre los brazos, entonces el helicóptero tiró encima de ellos una bomba de veinte kilos que provocó un tremendo fogonazo y el barco quedó hecho astillas, después salía un maravilloso primer plano del brazo del niño subiendo y subiendo más y más alto por los aires una cámara desde el helicóptero debió haberlo seguido y la gente no paraba de aplaudir desde los asientos del Partido, pero una mujer que se encontraba en la sección de los proletarios<sup>25</sup> comenzó a armar un tremendo escándalo gritando que no debían mostrar eso delante de los niños que no debían que no estaba bien delante de los niños hasta que la policía la sacó la sacó de allí<sup>26</sup> no creo que le sucediera nada a nadie le importa lo que digan los proletarios una reacción típica de los proletarios ellos nunca...

Winston dejó entonces de escribir, en parte porque sufría calambres. No sabía qué le había hecho soltar aquel montón de basura. Pero resultaba curioso que, mientras lo hacía, un recuerdo totalmente distinto se había aclarado en su mente, hasta el punto de que casi se sintió capaz de escribirlo. Se había dado cuenta de que

había sido aquel otro incidente lo que le había llevado a tomar la decisión de volverse a casa de repente para empezar a escribir el diario aquel mismo día.

Había sucedido aquella misma mañana en el Ministerio, si es que algo tan nebuloso podía haber sucedido.

En el Departamento de Archivos, donde trabajaba Winston, ya casi eran las once cero cero, estaban sacando las sillas de los cubículos y agrupándolas en el centro del vestíbulo, frente a la gran telepantalla, preparándose para los Dos Minutos de Odio<sup>27</sup>. Winston acababa de tomar asiento, en una de las filas de en medio, cuando dos personas, a quienes él solo conocía de vista, pero con las que nunca había hablado, entraron de improviso en la habitación. Una de ellas era una joven con la que se había cruzado a menudo por los pasillos. No sabía su nombre, pero sí que era una trabajadora del Departamento de Ficción. Posiblemente —ya que la había visto en varias ocasiones con las manos grasientas y portando una llave inglesa— desempeñaría algún trabajo mecánico en alguna de las máquinas de escribir novelas<sup>28</sup>. Era una muchacha con pinta de descaró, de unos veintisiete años, con cabello negro y muy espeso, cara pecosa y movimientos ágiles y atléticos. Llevaba el mono ceñido por una faja escarlata muy estrecha que le daba varias veces la vuelta a la cintura, el emblema de la Liga Juvenil Antisexo<sup>29</sup>, realzando de ese modo sus contorneadas caderas. A Winston le había desagradado desde el primer momento en que la vio. Sabía la razón: aquel aire de excursiones colectivas, de campos de *hockey* y de duchas frías y, en general, de higiene mental que manaba de ella. En realidad, a Winston le molestaban casi todas las mujeres y particularmente las jóvenes y hermosas, porque siempre eran las mujeres, y sobre todo las jóvenes, las más fanáticas del Partido, las que se tragaban todas las consignas de propaganda, las espías aficionadas y husmeadoras que buscaban cualquier indicio de heterodoxia.

Pero tenía la impresión de que esta joven en particular podía ser más peligrosa que las demás. En una ocasión que se habían cruzado en el pasillo, la joven le echó una mirada rápida, de soslayo, que pareció atravesarlo, y había dejado a Winston sumido por unos instantes en un indecible terror. Incluso se le ocurrió que podía tratarse de una agente de la Policía del Pensamiento, lo cual, a decir verdad, era muy improbable. Pero Winston continuó sintiendo una especial zozobra, con una mezcla de hostilidad y miedo, cada vez que la tenía cerca.

La otra persona era un hombre llamado O'Brien, miembro del Partido Interior<sup>30</sup> y titular de algún cargo tan importante y remoto que Winston solo tenía una vaga idea de lo que se trataba. Un momentáneo silencio se apoderó del grupo de personas que estaba alrededor de las sillas al ver acercarse el mono negro de un miembro del Partido Interior. O'Brien era un hombre grande y corpulento, de cuello grueso y rostro tosco, cómico y brutal. Pese a su imponente aspecto, tenía cierto encanto en sus modales. Su manía de ajustarse las gafas a la nariz resultaba curiosamente encantadora —de manera inexplicable, le daba un aire civilizado—. Era un gesto que, si alguien hubiera pensado aún en tales términos, podría haber recordado a un noble del siglo XVIII ofreciendo su caja de rapé. Winston habría visto a O'Brien quizá una docena de veces en los últimos doce años. Se sentía profundamente atraído por él, y no solo porque le intrigara el contraste entre las maneras urbanitas de O'Brien y su físico de campeón de boxeo. Se debía en especial a una creencia mantenida en secreto —o tal vez ni siquiera una creencia, simplemente una esperanza— de que la ortodoxia política de O'Brien no era perfecta. Algo en su rostro lo sugería irresistiblemente. Y, de nuevo, tal vez ni siquiera era falta de ortodoxia lo que se leía en su rostro, sino simplemente inteligencia. Pero, en cualquier caso, tenía la apariencia de ser una persona con la que se po-

dría hablar si de alguna manera se pudiera engañar a la telepantalla y conseguir hablar con él a solas. Winston nunca había hecho el menor esfuerzo por verificar esta suposición: de hecho, no había forma de hacerlo. En ese momento, O'Brien echó un vistazo a su reloj de pulsera, vio que eran casi las once y evidentemente decidió quedarse en el Departamento de Archivos hasta que terminaran los Dos Minutos de Odio. Tomó asiento en la misma fila que Winston, solo separado por dos sillas. Una mujer pequeña, pelirroja, que trabajaba en el cubículo contiguo al de Winston, estaba entre ellos. La chica de cabello oscuro estaba sentada justo detrás.

Un instante después se oyó un chirrido espantoso y chirriante, como el de alguna máquina monstruosa sin engrasar, que irrumpió desde la gran telepantalla del fondo de la sala. Era un ruido que hacía rechinar los dientes y ponía los pelos de punta. El Odio había comenzado.

En la pantalla apareció, como de costumbre, la cara del Enemigo del Pueblo, Emmanuel Goldstein<sup>31</sup>. El público empezó a proferir fuertes silbidos. La mujer pelirroja dio un chillido que parecía una mezcla de asco y miedo. Goldstein era un traidor que ya hacía bastante tiempo (aunque ninguna persona podía recordar cuánto) había sido una de las figuras principales del Partido, casi tan importante como el Gran Hermano y que, posteriormente, se dedicó a acciones contrarrevolucionarias, por lo que fue condenado a muerte y escapó, desapareciendo para siempre, de un modo misterioso. Cada día variaban los programas de los Dos Minutos de Odio, pero en ninguno de ellos Goldstein dejaba de ser el protagonista. Él era el traidor principal, el primero en manchar la pureza del Partido. De sus enseñanzas procedían directamente todos los sucesivos crímenes contra el Partido, todas las herejías, los actos de sabotaje, desviaciones y traiciones de todo tipo. De algún modo, seguía

conspirando y estaba vivo. Tal vez se encontraba allende los mares, bajo el auspicio de sus mecenas extranjeros, e incluso tal vez, como se rumoreaba de vez en cuando, escondido en algún rincón de la propia Oceanía.

A Winston se le contrajo el diafragma. Nunca podía ver la cara de Goldstein sin una dolorosa mezcla de emociones. Era un rostro judío delgado, con una gran aureola difusa de pelo blanco y una barbita de chivo: un rostro inteligente y, sin embargo, de algún modo, intrínsecamente despreciable, con una especie de estulticia senil en la larga y delgada nariz, en cuya punta reposaba un par de gafas<sup>32</sup>. Parecía la cara de una oveja, y la voz también tenía algo de oveja. Goldstein estaba lanzando su habitual ataque venenoso contra las doctrinas del Partido: un ataque tan exagerado y perverso que un niño debería haber sido capaz de ver a través de él, y, sin embargo, lo suficientemente plausible como para insuflar en uno un sentimiento alarmado de que otras personas, menos sensatas que uno mismo, pudieran dejarse engañar por él. Insultaba al Gran Hermano, denunciaba la dictadura del Partido, exigía la conclusión inmediata de la paz con Eurasia, abogaba por la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de reunión, la libertad de pensamiento, gritaba histéricamente que la Revolución había sido traicionada<sup>33</sup>, y todo ello en un discurso rápido y polisilábico que era una especie de parodia del estilo habitual de los oradores del Partido, y que incluso contenía palabras de neolengua: más palabras de neolengua, de hecho, de las que cualquier miembro del Partido utilizaría normalmente en la vida real. Y todo el tiempo, por si a alguien le quedaba alguna duda sobre la realidad que cubría la engañosa paparruchada de Goldstein, detrás de su cabeza en la telepantalla desfilaban las interminables columnas del ejército euroasiático: fila tras fila de hombres de aspecto macizo con rostros asiáticos inexpresivos, que llegaban hasta la

superficie de la pantalla y desaparecían, para ser sustituidos por otros exactamente iguales. El monótono traqueteo rítmico de las botas de los soldados hacía de contrapunto a la ovejuna voz de Goldstein.

No habían transcurrido treinta segundos desde que empezara el Odio y la mitad de los presentes ya había estallado en incontrolables exclamaciones de rabia. La autocomplaciente cara ovejuna de la pantalla, y el aterrador poder del ejército euroasiático como telón de fondo, eran demasiado para aguantarlo: además, ver o incluso pensar en Goldstein provocaba miedo e ira automáticamente. Él era un objeto de odio más constante que Eurasia o Esteasia, ya que, cuando Oceanía estaba en guerra con una de estas potencias, normalmente estaba en paz con la otra. Pero resultaba extraño que, aunque Goldstein era odiado y despreciado por todo el mundo, aunque cada día, durante mil veces al día, en las plataformas, en la telepantalla, en los periódicos, en los libros, sus teorías eran refutadas, destrozadas, ridiculizadas, expuestas a la mirada general como la lamentable basura que eran, pese a todo, su influencia nunca parecía disminuir. Siempre había nuevos incautos esperando a dejarse seducir por él. No pasaba un día sin que los espías y saboteadores que actuaban bajo sus órdenes fueran desenmascarados por la Policía del Pensamiento. Era el comandante de un vasto ejército en la sombra, una red clandestina de conspiradores dedicados a derrocar el Estado. La Hermandad era el nombre que se le suponía a esta organización. También circulaban historias de un libro terrible, un compendio de todas las herejías, cuyo autor era Goldstein y que circulaba clandestinamente. Era un libro sin título. La gente se refería a él, si acaso, simplemente como *el libro*<sup>34</sup>. Pero uno solo se enteraba de esas cosas por vagos rumores. Ni la Hermandad ni el libro eran temas que cualquier miembro ordinario del Partido mencionara si había forma de evitarlo.

En el segundo minuto, el Odio alcanzó el frenesí. La gente no paraba de saltar en las sillas y gritar a pleno pulmón en un esfuerzo por ahogar la enloquecedora voz ovejuna que salía de la pantalla. La mujercita pelirroja se había puesto colorada como un tomate y abría y cerraba la boca como un pez recién desembarcado. Hasta el rostro grave de O'Brien estaba sonrojado. Estaba sentado muy erguido en su silla, con su imponente pecho hinchado y tembloroso, como si tuviera que enfrentarse al asalto de una ola. La joven de cabello oscuro que estaba detrás de Winston había empezado a gritar: «¡Cerdo! ¡Cerdo! ¡Cerdo!», y de repente cogió un pesado diccionario de neolengua y lo arrojó contra la pantalla. Golpeó la nariz de Goldstein y rebotó; la voz continuó inexorable. En un momento de lucidez, Winston se dio cuenta de que estaba gritando con los demás y golpeando violentamente con el talón las patas de su silla. Lo horrible de los Dos Minutos de Odio no era que uno estuviera obligado a representar un papel, sino todo lo contrario: que era imposible evitar formar parte de la función. A los treinta segundos, ya no hacía falta fingir. Un horrible éxtasis de miedo y venganza, un deseo de matar, de torturar, de partir caras a mazazos, parecía fluir por todo el grupo de gente como una corriente eléctrica, convirtiéndole a uno, incluso contra su voluntad, en un lunático histérico y gritón. Sin embargo, la rabia que uno sentía era una emoción abstracta, no dirigida, que, como la llama de un soplete, podía pasar de un objeto a otro. Así, en un momento dado, el odio de Winston no se volvía en absoluto contra Goldstein, sino, por el contrario, contra el Gran Hermano, el Partido y la Policía del Pensamiento; y en esos momentos, su corazón se dirigía al solitario y ridiculizado hereje de la pantalla, único guardián de la verdad y la cordura en un mundo de mentiras. Con todo, seguidamente se sentía en comunión con la gente que le rodeaba y todo lo que se decía de Goldstein le pa-

recía cierto. En esos momentos su aversión secreta al Gran Hermano se transformaba en adoración, y el Gran Hermano parecía alzarse, como valiente e invencible guardián, erguido como una roca contra las hordas de Asia, y Goldstein, a pesar de su aislamiento, de su impotencia y de la duda que se cernía sobre su propia existencia, parecía como un siniestro hechicero, capaz de hacer sucumbir los cimientos de la civilización únicamente con el poder de su voz.

En determinados momentos, era incluso posible desviar a voluntad el odio en una u otra dirección. De repente, de un modo similar al esfuerzo violento con el que uno aparta la cabeza de la almohada para escapar de una pesadilla, Winston conseguía trasladar su odio del rostro de la pantalla a la chica de cabello oscuro que tenía detrás. Por su mente pasaron vívidas y hermosas alucinaciones. La azotaría hasta matarla con una porra de goma. La ataría desnuda a una estaca y la acribillaría a flechas como a san Sebastián. La violaría y la degollaría en el momento del clímax. Ahora más que nunca se daba cuenta de por qué la odiaba. La odiaba porque era joven y guapa y asexuada, porque quería acostarse con ella y nunca lo haría, porque su armonioso y flexible talle, que invitaba a ser abrazado, iba ceñido por aquella odiosa faja escarlata, agresivo símbolo de la castidad.

El Odio alcanzó el paroxismo. La voz de Goldstein se había convertido en un auténtico balido de oveja y por un instante su cara se transformó en la de una oveja. Entonces la cara de oveja se fundió en la figura de un soldado euroasiático que parecía avanzar, gigantesco y terrible, con su metralleta rugiendo, que parecía salirse de la superficie de la pantalla, de modo que muchos espectadores de la primera fila se echaron hacia atrás temblorosos en sus asientos. Mas en ese preciso instante, arrancando a todos un profundo suspiro de alivio, aquella figura hostil se fundió en el rostro del Gran Hermano,

ese rostro de pelo negro y bigotudo, pletórico de poder y misteriosa calma, y tan inmenso que casi llenaba la pantalla. Nadie oía lo que decía el Gran Hermano. Eran apenas unas palabras de aliento, el tipo de palabras que se pronuncian en el fragor de la batalla, imperceptibles individualmente, pero que con solo ser pronunciadas podían devolver la confianza. Luego, el rostro del Gran Hermano se volvió a desvanecer y, en su lugar, se proyectaron en la pantalla las tres consignas del Partido en negritas mayúsculas:

LA GUERRA ES LA PAZ  
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD  
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Sin embargo, el rostro del Gran Hermano parecía persistir durante varios segundos en la pantalla, como si el impacto provocado en las retinas de los espectadores hubiera sido demasiado vívido como para borrarse<sup>35</sup> inmediatamente. La mujercita pelirroja se apoyaba ahora sobre el respaldo de la silla que tenía delante. Con un susurro trémulo que sonaba como «¡Mi Salvador!», extendió los brazos hacia la pantalla. Luego se cubrió la cara entre ambas manos. Estaba claro que estaba rezando.

En ese momento, todo el grupo prorrumpió en un canto profundo, lento y rítmico de «¡G-H! ¡G-H! ¡G-H!», una y otra vez, muy despacio, con una larga pausa entre la ge y la hache, un sonido pesado y monótono, una especie de canturreo salvaje, acompañado de lo que parecían un bailoteo de pies descalzos y el latido de los tam-tam. Debió prolongarse unos treinta segundos. Era un estribillo que solía escucharse en momentos de incontenible emoción. En parte, era una especie de himno a la majestad y sabiduría del Gran Hermano, pero sobre todo era un acto de autohipnosis, un ahogo deliberado de la conciencia por medio del ruido acompasado. Winston sintió frío en

las entrañas. En los Dos Minutos de Odio no podía evitar sumarse al delirio colectivo, pero ese cántico infrahumano de «¡G-H!... ¡G-H!»<sup>36</sup> siempre le infundía un profundo espanto. Por supuesto que lo coreaba con los demás, pues no había otra salida. Disimular sus sentimientos, controlar su rostro, hacer lo que hacían los demás era el fruto de una reacción instintiva. Pero hubo un espacio de tiempo, que debió durar un par de segundos, durante el cual la expresión de sus ojos podría haberle traicionado. Y fue en ese preciso instante cuando ocurrió algo muy significativo, si es que, de hecho, llegó a ocurrir.

Por un instante, sus ojos se posaron en los de O'Brien, que se había levantado. Se había quitado las gafas y procedía a volver a colocárselas en la nariz con aquel gesto suyo tan característico. Pero solo aquella fracción de segundo en la que sus ojos se cruzaron había sido suficiente para que Winston supiera —¡sí, lo *supo!*— que O'Brien estaba pensando lo mismo que él. Acababan de enviarse un mensaje inequívoco. Era como si ambas mentes se hubieran abierto y los pensamientos fluyeran del uno al otro a través de sus ojos. «Estoy contigo», parecía decirle O'Brien. «Sé exactamente lo que sientes. Lo sé todo sobre tu desprecio, tu odio, tu repugnancia. Pero no te preocupes, estoy de tu parte». Y de pronto aquel relámpago de empatía se desvaneció y el rostro de O'Brien se volvió tan inescrutable como el de los demás.

Eso fue todo, y Winston ya no estaba seguro de que hubiera sucedido. Tales incidencias nunca tenían una segunda parte. Únicamente valían para mantener viva en él la creencia, o la esperanza, de que además de él había otros enemigos del Partido. Tal vez, después de todo, los rumores de vastas conspiraciones clandestinas fueran ciertos, ¡tal vez la Hermandad existiera realmente! Era imposible, a pesar de las interminables detenciones y confesiones y ejecuciones, tener la certeza de que la Hermandad no era simplemente un mito. Algunos días creía en

ella, otros no. No había pruebas, solo atisbos fugaces que podían significar cualquier cosa o nada: fragmentos de conversaciones escuchadas, borrosos garabatos en las paredes de los lavabos; incluso, alguna vez, cuando dos extraños se encontraban, un insignificante movimiento de la mano podía haberle parecido una señal de reconocimiento mutuo. Todo eran conjeturas: muy probablemente se lo había imaginado todo. Había regresado a su cubículo sin volver a mirar a O'Brien. Dejó de pasársele por la cabeza la idea de seguir manteniendo aquel contacto inicial, pues habría sido inconcebiblemente peligroso incluso si hubiera sabido cómo llevarlo a cabo. Durante un segundo, dos segundos tal vez, habían intercambiado una mirada equívoca, y ahí se acabó la historia. Pero incluso aquello constituyó un acontecimiento memorable en la soledad cerrada en la que tenía que vivir.

Winston salió del ensimismamiento y se sentó más erguido en la silla. Soltó un eructo. La ginebra le subía del estómago.

Sus ojos se volvieron a fijar en la página. Entonces se dio cuenta de que durante todo el tiempo que había pasado allí sentado, ensimismado en sus cavilaciones, había estado escribiendo como un autómatas. Y ya no era la incoherente escritura de garabatos de antes. Su pluma se había deslizado con trazos voluptuosos sobre el suave papel, escribiendo con grandes y nítidas mayúsculas:

ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO  
ABAJO EL GRAN HERMANO

Una y otra vez, hasta llenar media página.

Winston no pudo evitar una escalofriante sensación de pánico. Era absurdo, pues escribir esas palabras no

era más peligroso que el hecho anterior de disponerse a escribir un diario. Por un instante, estuvo tentado de romper las páginas ya escritas y abandonar de una vez por todas su empresa.

Pero no lo hizo porque sabía que era inútil. Daba igual que escribiera o se abstuviera de escribir ABAJO EL GRAN HERMANO, también daba igual que siguiera o no con el diario. La Policía del Pensamiento le atraparía igualmente. Ya había cometido —lo seguiría cometiendo igualmente, aunque nunca hubiera puesto la pluma sobre el papel— el crimen fundamental que contenía todos los demás en sí mismo. Lo llamaban «crimen mental»<sup>37</sup>, y, como tal, no era algo que pudiera ocultarse eternamente. Se podía evitar con cierto éxito durante cierto tiempo, incluso durante años, pero tarde o temprano te acababan atrapando.

Sucedía siempre de noche, pues las detenciones ocurrían invariablemente por la noche: la intempestiva interrupción del sueño, la mano áspera sacudiéndote el hombro, las linternas deslumbrándote y el círculo de rostros inexpresivos alrededor de la cama. En la gran mayoría de los casos no había juicio, ni siquiera informe de la detención. La gente simplemente desaparecía, siempre por la noche. Eliminaban tu nombre en los registros, se borraba todo vestigio de todo cuanto pudieras haber hecho y, negada la existencia de tu antigua vida, te tiraban al olvido. Eras abolido, aniquilado: «vaporizado» era la palabra habitual.

Por un momento, Winston se vio sobrecogido por una especie de histeria. Empezó a escribir compulsivamente con desperdigados garabatos:

me matarán de un tiro no me importa me matarán  
de un tiro en la nuca no me importa abajo el gran her-  
mano a uno siempre lo matan de un tiro en la nuca no  
me importa abajo el gran hermano...

Se recostó en la silla un poco avergonzado de sí mismo y dejó la pluma sobre la mesa. De pronto, sintió un terrible sobresalto. Llamaban a la puerta.

¡Tan rápido! Se quedó quieto, tieso como una estatua, con la vana esperanza de que quien fuese se marchara al ver que no le abrían. Pero no, se repitieron los golpes. Tardar en abrir sería lo peor que podía hacer. Su corazón retumbaba como un tambor, pero su rostro, en virtud de la costumbre, probablemente estaría como una esfinge. Se levantó y se dirigió parsimonioso hacia la puerta.